

En resolución, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio hasta que le pareció que estaban^a en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo^b, y, como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo^c en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta Paternostres^d y otras tantas Avemarías^e, Salves y Credos, y á cada palabra acompañaba una cruz^f á modo de bendición: á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y, así, se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido casi media^g azumbre; y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa

a. ...estaba. C.₃, BOW. = b. ...echarlo. MAI. = c. ...ponerlo. MAI. = d. ...Paternosters. TOX. = e. ...Ave Matías. L.₁. =

f. ...y á cada palabras acompañaba una cruz. L.₁. = g. ...casi medio azumbre, TOX., MAI.

5. ...en una alcuza ó aceitera..., de quien el ventero le hizo grata donación. — Ya se ha dicho en otro lugar: en tiempo de Cervantes todavía no estaba formada la gramática, con todo y haberse publicado no pocas; no se habían fijado aún, en materia como la que ahora tocamos, atildamientos que la mejoran. Argüir, pues, contra nuestro autor por el empleo de *quien*, refiriéndolo á cosas, es desconocer la historia de este relativo. ¿Qué replicarían si se les dijese (ignoramos esté consignado en parte alguna) que en las obras del venerable Granada, cuan largas son, no aparece jamás un *quienes*? Por ventura, ¿no formaba entonces parte del idioma? ¿Era el Cicerón español ingenio *lego*?

11. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo...; y apenas lo acabó de beber cuando. — Que el alma de Cervantes estaba saturada en la lectura de los libros caballerescos, y cuán necesaria sea ésta para penetrar en el espíritu del *Quijote*, lo demuestra el siguiente pasaje:

«— ¡Oh generoso pagano, cuán grande es tu cortesía y nobleza! Bien tiran tus condiciones á la sangre donde descienes; mas sepas que no llegaré á tu bálsamo si con la espada no lo ganare. Qual hidalgo podría darte la muerte habiéndole tú dado la vida.» Y luego, como feroces leones, se fué el uno para el otro, y los golpes fueron tales, que vieron los cristianos el fuego que de las armas salía; y Oliveros acertó al pagano en un muslo, y, falsadas las armas, le metió la espada por la carne, y salía del mucha sangre. É viéndose Fierabrás malamente ferido, y desviado algún tanto de Oliveros, muy prestamente bebió del bálsamo y quedó muy sano de su ferida; y desto fue triste Oliveros, y con grande enojo le dió un gran golpe de espada; y Fierabrás se cubrió del escudo y descendió el golpe al arzón de la silla, y hubo de

en el estómago, y, con las ansias y agitación del vómito, le dió un sudor copiosísimo; por lo cual mandó que le arropasen y^a le dejasen solo. Hiciéronlo así^b, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podía acometer desde allí adelante,

a. ...arropasen, le dejasen. AMB. = b. ...ansí. L.₁.

cortar una cadena en que estaban asidos y atados los barriles del bálsamo, y cayeron entrambos en el suelo, y del golpe se espantó el caballo, y, fuyendo, se desvió gran trecho de Oliveros, tanto, que tuvo lugar Oliveros de se apearse y beber del bálsamo á su placer, y luego se sintió sano, ligero y dispuesto como si nunca hubiera sido ferido. É desto dió infinitas gracias á Dios, y dijo entre sí: «— Ningún buen caballero no debe pelear con esperanza de tales brebajes.» Y tomó entrambos barriles y los echó en un caudal río que cerca de allí pasaba, y luego fueron á lo fondo del agua; y he leído en un libro auténtico en lengua toscana, que habla deste Fierabrás de Alexandria, que todos los días de San Juan Evangelista parecen los dos barriles encima del agua, y no en otro tiempo. Quando Fierabrás vido sus barriles perdidos, con grande enojo dijo á Oliveros: «— ¡Oh hombre simple y sin cordura! ¿Por qué echaste á perder lo que con todo el oro del mundo no se podría mercar? Apercíbete pues, ca entiendo que lo habrás menester antes que de mí te apartes.» (1)

Lo que avino á D. Quijote y Sancho, tal como se refiere en todo el pasaje motivo de esta nota, y lo que tornó á acontecerles con ocasión del precioso bálsamo, como es de ver en el capítulo siguiente, constituye una sola escena; escena, en verdad, cómica y de insuperable mérito. ¿Cómo reprimir la risa después de conocer el texto, arriba transcrito, de la historia del celebrado emperador? El contraste entre la gravedad con que allí se muestra la salutífera virtud del bálsamo de Fierabrás, y el desastroso efecto que en el *Quijote* tiene, ¿no es un signo de humorismo sano, del humorismo que sepultó en el olvido las fabulosas historias de los libros caballerescos?

6. ...verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás. — ¿Puede apetecerse sátira más intencionada tratándose del precioso, del santísimo bálsamo? Una olla en que se cuece media azumbre del maldito brebaje, y una alcuza para contenerlo, ¿no están mostrando, con plena evidencia, que el espíritu burlón del novelista penetra en toda la fábula de su inmortal poema? Ese mismo D. Quijote, á quien se ha llamado loco cuerdo por la sabiduría que casi siempre fluye de sus labios, cae aquí en verdadera contradicción: el que tantas veces había alardeado de tener en la memoria la receta, la fórmula, para hacer el codiciado remedio, dice ahora que verdaderamente creía haber acertado con el bálsamo de Fierabrás.

(1) *Historia del emperador Carlo-Magno y de los Doce Pares de Francia, y de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabrás, rey de Alexandria, hijo del grande almirante Balán.* — Sevilla, 1525; cap. 22.

sin temor alguno, cualesquiera ruinas^a, batallas y^b pendencias, por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que también tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca
5 cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él, tomándola á dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso que el estómago del pobre Sancho no debía de ser tan delicado como el de su amo, y, así,
10 primero que vomitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y, viéndose tan afligido y congojado^c, maldecía el bálsamo y al^d ladrón que se lo había dado.

Viéndole así D. Quijote, le dijo: «— Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero; porque tengo para mí
15 que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son.

— Si eso sabía vuestra merced, — replicó Sancho, — (¡ malhaya yo y toda mi parentela!) ¿ para qué consintió que lo gustase? »

En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que^e la
20 estera de enea, sobre quien se había vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubría, fueron más de provecho. Sudaba y trasudaba, con tales parasismos y accidentes, que no solamente él sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su
25 amo, sino tan molido y quebrantado que no se podía^f tener; pero D. Quijote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele^g al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y^h más con la seguridad y confianza que
30 llevaba en su bálsamo; y, así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó alⁱ jumento de su escudero, á quien tam-

a. ...cualquiera riñas. PELL., ARR., ARG.,_{1,2}, MAI., BENJ. Así debiera leerse, por ser término más adecuado y propio. = b. ...batallas, pendencias. L.,₂. = c. ...y congozado. L.,₁. = d. ...y el ladrón.

V.,_{1,2}, BR.,₃, MIL., TON. = e. ...que ni la estera. ARR., MAI. = f. ...no se podría tener. BR.,_{1,2}. = g. ...quitársele. MAI. = h. ...y amparo: mas. L.,₁. = i. ...el jumento. ARG.,_{1,2}, BENJ.

18. En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales. — No habrá, ciertamente, en esto la elegancia y cortesania en el decir que pide la afectada retórica; y, con todo eso, ¿quien osará negar que sobrenade en tal descripción cierta pureza estética, no alcanzada por todos en tan bajo estilo?

bién ayudó á vestir y á subir en el asno. Púsose luego á caballo, y, llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón^a que allí estaba, para que le sirviese de lanza.

Estábanle^b mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más^c de veinte personas; mirábale también la hija del ventero, y
5 él también no quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía^d que lo^e arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debía de ser del^f dolor que sentía en las costillas: á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar.
10

Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y, con voz muy reposada y grave, le dijo:

a. ...asió de su troncón que allí estaba. ARG.,_{1,2}. = b. Estábale. BR.,₃. = c. ...pasaban de veinte. ARG.,₂. = d. ...que pare-

ció. L.,₁. = e. ...que le arrancaba. C.,₁, L.,_{1,2}, AMB., A.,_{1,2}, PELL., ARR., ARG.,₂, MAI. = f. ...ser de dolor. A.,₂, CL., RIV.

2. ...y, llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba. — Muy á la ligera pasaron por aquí los comentadores Clemencín y Hartzenbusch, con todo y ser los que hicieron el más detenido estudio del *Quijote*.

Para el primero, no cabe duda, *lanzón* es vocablo que, á pesar de su forma, tiene significación y fuerza de diminutivo. El *Diccionario de la Academia* siente lo contrario, ya que dice así: «*Lanzón*. m. aum. de *lanza*. || *Lanza* corta y gruesa con un rejón de hierro ancho y grande, de que solían usar los guardas de las viñas.»

Para el segundo, el «*lanzón*», según el texto, no era de D. Quijote; y nada le dijo el ventero cuando vió que se lo llevaba; y el ventero era codicioso y ruin, y D. Quijote no era ladrón. Repugnan, pues, el silencio de Palomeque y la poca aprensión del *desfacedor de entuertos*, escudo y brazo de la justicia.»

Para nosotros es inocente la observación del ilustre crítico; no escribe Cervantes como Cide Hamete; no narra, como el historiador arábigo, todas las circunstancias mínimas y rateras que tocan á la vida del buen Alonso Quijada. Por eso decimos resueltamente: ó el *Quijote* es una perpetua contradicción, ó hay que mirar más alto y ver cómo la corriente de la inspiración no se corta en él ni un solo instante.

Al crítico no pelilloso le basta saber que D. Quijote, hidalgo de los de *lanza* en astillero, la vió hecha pedazos en la aventura de los molinos de viento; que luego desgajó de un árbol un ramo seco y puso en él el hierro (de la que se le había roto) para que le sirviese de *lanza*; que al poco apareció derribando con ella al primer fraile de San Benito con que había topado en el camino; que más tarde se le oyó decir: «— Ahora lo veredes, dijo Agrajes», y, arrojando la *lanza* en el suelo, sacó su espada; y, por fin, si nos dice su historiador que, «llegándose á un rincón de la venta, asió de un *lanzón* que allí estaba», en cambio añade (refiriéndose á esta misma escena) que, «terciando su *lanzón*, se salió de la venta sin que nadie le detuviese».

Antes que poner en la picota á la tan buscada contradicción, fuera más prudente recelar de la pureza del texto, ó dar con otra interpretación que nos explique la mente del escritor.

« — Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradeceroslas todos los días de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed
5 que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías. Recorred vuestra memoria, y, si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla^a, que yo os prometo, por la orden de caballero que recibí, de faceros satisfecho y^b pagado á toda vuestra
10 voluntad. »

El ventero le respondió con el mismo sosiego: « — Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y
15 cebada de sus dos bestias como de la cena y camas.

— Luego, ¿ venta es esta? — replicó D. Quijote.

— Y muy honrada, — respondió el ventero.

— Engañado he vivido hasta aquí, — respondió D. Quijote, —
20 que en verdad que^c pensé que era castillo, y no malo; pero, pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leído cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni
25 otra cosa en venta donde estuviesen; porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío^d, sujetos á todas las inclemencias del
30 cielo y á todos los incómodos de la tierra.

— Poco tengo yo que ver en eso, — respondió el ventero. — Págueme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.

35 — Vos sois un sandio y mal hostelero », respondió D. Quijote. Y, poniendo piernas á^e Rocinante y terciando su lanzón^f, se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él, sin mirar si le seguía

a. ...decirla. MAI. = b. ...faceros satisfecho, pagado. C.₃, BOW. = c. ...que en verdad pensé que era castillo. TOX. =

d. ...con sed y con hambre, con frío. L.₂. = e. ...piernas al Rocinante. C.₁. = f. ...su trancón ó lanzón. ARG.₁.

su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que, pues su señor no había querido pagar, que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante como era, la
5 misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraría de modo que le pesase. Á lo cual Sancho respondió que, por la ley de caballería que su amo había recibido, no pagaría un solo cornado aun-
10 que le costase la vida; porque no había de perder^a por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habían de quejar délb los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento^c de tan justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailles^d de Segovia,
15 tres agujeros^e del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona; los cuales, casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y, apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y, echándole en ella, alzaron
20 los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenía por límite el cielo, y allí, puesto Sancho en^f mitad de la manta,

a. ...porque no había de perderse por él. BENJ. = b. ...ni se habían de quejar de los escuderos. C.₃, BOW. = c. ...reprochándole el quebrantamiento de tan justo

fuero. GASF. = d. ...cuatro pelaires de Segovia. TOX. = e. ...tres agujeteros del Potro de Córdoba. BR.₁₋₂. = f. ...puesto Sancho en la mitad de la manta. TOX.

1. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo... que tampoco él pagaría; porque, siendo él escudero de caballero andante..., la misma regla y razón corría por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. — No siempre Sancho es el tipo del buen sentido y de la sana razón. Su honradez, es cierto, le libra de los vicios á que pudo arrastrarle su baja condición; pero, sugestionado por el idealismo desrazonable de D. Quijote y movido á la par por el interés personal que le domina, de tal modo se compromete en locos empeños, que llega á imaginarse se le debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento en justa recompensa de lo mucho que en sus aventuras padecen los caballeros andantes y sus escuderos. Pero como la realidad castiga con rigor, no pocas veces, al extraviado idealista, el fracaso de Sancho, en esta ocasión, es inevitable, y su gracioso mantenimiento el menor daño de su desenfadado empeño. Lección profunda, que se infiere, por modo indirecto, saltando por encima de la vulgar interpretación de esta escena llena de vida, de gracia y donaire, como no recuerda otra igual la musa cómica.

comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas.

Las voces que el mísero manteado^a daba fueron tantas, que llegaron á los oídos de su amo, el cual, deteniéndose^b á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y, volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y, hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por dónde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que, si la cólera le dejara, tengo para mí que se riera. Probó á^c subir desde el caballo á las bardas; pero estaba tan molido y^d quebrantado, que aun apearse no pudo, y, así, desde encima del caballo, comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escribillos^e; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador^f Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle^g allí su asno, y, subiéndole encima, le arroparon con su gabán; y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle^h con un jarro de agua, y así se le trujoⁱ del pozo por ser más fría^j. Tomóle Sancho, y, llevándole á la boca, se paró á las voces que su amo le daba diciendo: «— Hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará. ¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda.»

Á estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con

a. Las voces que el mísero daba fueron tantas. L.₁. = b. ...determinándose. L._{1,2}. = c. Probó subir. L.₁. = d. ...pero estaba tan quebrantado. L.₁. = e. ...á escribirlos. MAI. = f. ...ni el volador de Sancho.

TON. = g. Trajéronle. MAI. = h. ...socorrelle. MAI. = i. ...así se le trajo. AMB. — ...así le trujo. TON. — ...así se lo trajo. MAI. = j. ...por ser más fría. C._{1,2,3}. L._{1,2}. V._{1,2}. BR._{1,2,3}. MIL., AMB., BOW.

1. ...comenzaron á levantarle en alto y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. — Alúdese en este pasaje, como en otros de nuestros clásicos, al regocijado juego que solía hacerse en Carnaval. Cogían un perro, echábanle en una manta sostenida en sus puntas por cuatro ó más personas, zarandeábanle al principio, y luego le manteaban con igual presteza. El continuo voltear del pobre can, sus lastimeros aullidos é infructuosos esfuerzos por huir, de tal suerte provocaban la risa en los circunstantes, que los manteadores, sin darse punto de reposo, proseguían un buen rato en su celebrada invención.

otras mayores: «— ¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche^a? Guárdese^b su licor con todos los diablos, y déjeme á mí.» Y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno^c; mas, como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese^d de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero; porque, en efecto, se dice della que, aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños^e á su asno, y, abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debía; mas Sancho no las echó menos, según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera; mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que, aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran^f en dos ardites.

a. ...de antes? ARG._{1,2}. = b. Guarde su licor. BR.₃. TON. = c. ...todo fué vino. L.₃. = d. ...que se lo trajese de vino. MAI.

= e. ...dió de los carcaños á su asno. BR.₃. = f. ...no le estimarian. AMB. — ...no le estimaran. PELL.

18. ...aunque D. Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda, no le estimaran en dos ardites. — En el t. I, pág. 264, se habló ya, aunque ligeramente, de la Tabla Redonda. La estimación de que gozaron estos caballeros arranca de lo que dió origen á la construcción material de la Tabla Redonda y á la creación de la orden de caballería que lleva su nombre. Como sean pocos, aun entre los mismos cervantistas, los que hayan tenido la fortuna de leer el libro intitulado *La Demanda del Santo Grial*, plácenos trasladar á estas páginas lo que allí se refiere al primer extremo de esta nota:

«CAP. LXXXVII. *Cómo Merlín habló con el rey Vter sobre fazer la Tabla Redonda.* — ... y entonces dixo Merlín: «— Yo no vos diré cosa estraña; mas ruego vos que tengáis poridad, ca yo quiero que la pro y el grado de nuestro Señor será todo vuestro.» Y el rey lo otorgó que nunca lo dirá, y entonces dixo Merlín al rey: «— Señor, vos sabedes bien que yo sé todas las cosas hechas y dichas y pensadas; quiero que sepades que esto sé yo por natura del diablo, y nuestro Señor Dios me dió seso y entendimiento que supiesse todas las cosas que auía de venir; y por esto que vos en tal guisa mostre me pidieron los diablos, y agora podredes saber dónde he el poder de las cosas que hago y digo, y agora te quiero dezir lo que sé.»

«CAP. LXXXVIII. *Cómo Merlín ordenó que se hiziesse la Tabla Redonda.* — Señor, vos deuedes bien saber que nuestro Señor vino en tierra por saluar el pueblo y que en día de la cena comió con sus discípulos, y acaeció que nuestro Señor tomó muerte por nos, y vn cauallero le pidió y fuéle dado el su

cuerpo en gualardón de su soldada, y nuestro Señor llamó mucho que quiso que le fuese dado, y el cauallero sufrió después grandes trabajos, y después, á luengos tiempos que nuestro Señor fué resuscitado, auino que aquel cauallero fué en vna tierra yerma con gran pieça de su linage y vn gran pueblo con él, y fué assi que les vino vna gran hambre, y él rogó á nuestro Señor que le mostrasse que por qué quería que suffriesse á tan gran lazeria, y nuestro Señor mandóle que fiziesse vna mesa en nombre de aquélla en que Él estuuiera á su cena con sus apóstoles, y mandóle que pusiesse en ella vn vaso que Él traya y que lo cubriesse de paños blancos de xamete, y aquel era el Sancto Grial, y el que aquella mesa pusiesse essa hora auerian cumplimiento en su coraçón de todas las cosas, y en aquella mesa auía siempre vn lugar vazío, que significaua el lugar de judas, el que comiera á la mesa con nuestro Señor quando le dixo nuestro Señor «conmigo come y beue el que me traerá», y aquél fué partido de la compañía de Jesuchristo y su lugar quedó vazío fasta que nuestro Señor assentó otro hombre, que auía nombre Matía, por cumplir el cuento de los doze apóstoles, que assi son dos mesas fechas á plazer de Dios; y, si me quisiéredes creer, vos haredes la mesa tercera en nombre de la Santa Trinidad, y yo vos prometo que, si lo hizierdes, que gran pro vos en de verná y honra al alma y al cuerpo, y tales cosas en de vernán de que vos marauillaredes mucho, y será vna de las cosas del mundo onde los buenos más hablarán, ca mucho aurá Dios dado gran gracia aquellos que ay fueren, y esta mesa aurá nombre Tabla Redonda, y digo vos que las gentes que aquel vaso guardaron fueron por voluntad de Dios contra occidente, y, si me quisierdes creer, haredes lo que vos digo y ayná aures plazer.»

«CAP. LXXXIX. *Cómo Merlin ordenó en qué lugar se fiziesse la Tabla Redonda.* — ... Merlin dixo: «— Nos lo haremos en cardain ó en galar, y allí hazed ayuntar á vuestro pueblo en día de Pentecosté, y vengan caualleros y dueñas, y vos guisaredes como lo recibades bien y como seades muy alegre y como deues grandes dones, y yo yré ante que vos y haré la mesa, y vos me daredes gente que hagan lo que yo mandare. É quando vos y el pueblo fuerdes ayuntados, yo escogeré los que ay auian de ser.»



CAPÍTULO XVIII

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor
D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas

LLEGÓ Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote, le dijo: 5
«— Ahora acabo de creer, Sancho ^a bueno, que aquel castillo ó venta ^b es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrozmente

a. ...Sancho el bueno. C.3, Bow., PELL. — b. ...venta de que es C.1, L.1.2.

Gente soez y de baja ralea se ha holgado manteando á Sancho como perro en Carnestolendas; ha oído clara y distintamente los nombres de los manteadores, y, con ser personajes reales, objetivos, como diría Hegel, de carne y hueso, hablando á lo vulgar, á D. Quijote se le antojaron fantasmas, porque lleva en su cerebro un mundo distinto de la tierra que pisamos.

Ahora, enristrando la lanza, éntrase con desatentado ímpetu por medio del escuadrón del grande emperador Alifanfarón, señor de la Trapobana, en auxilio del rey de los garamantas, Pentapolín del Arremangado Brazo.

Es D. Quijote un enfermo moral; su curación exige gran solicitud y mucha paciencia; mas, en este instante en que la ilusión es completa, de nada sirve que el escudero, ajustando el valor á la prudente medida de la realidad, le advierta el peligro en que se pone, ya que, si las manadas de carneros no se han de defender ciertamente, en cambio los pastores trapobanenses velarán por la seguridad de ellas. Nada tan infructuoso como el empeño de volverle á su razón en el período de mayor delirio: su mente es como un desierto donde se pierde la voz de todo predicador. El fracaso viene á pasos de gigante; y D. Quijote, molido á pedradas, derribado de su caballo, queda tan mal herido que le dan por muerto. Tal es el argumento de este capítulo: en él no hay nada más que lo que se ve: seguimos creyendo, pues, que el simbolismo no cruzó por la mente del más eximio de los novelistas, y que huelga la doctrina esotérica, sean cuales fueren las coincidencias históricas que se citen sobre el estado morbozo que á la sazón padecía nuestra raza.